

Permítanme comenzar con una historia que se cuenta en mi pueblo, la comunidad indígena naga, un pueblo transnacional que vive en la India y Myanmar.

Una vez, un hombre fue con sus compañeros a un río a pescar. Mientras se sumergía en una poza profunda, encontró una franja de arena seca donde un espíritu del agua estaba sentado junto a un hogar hecho con tres cráneos humanos. El espíritu le dio un pescado seco como regalo y le advirtió que no volviera a sumergirse en el río. El hombre regresó a la orilla y compartió el pescado con sus compañeros. Pero la tentación de conseguir más fue más fuerte. Volvió a sumergirse y, esta vez, nunca regresó.

El hombre que volvió a por más pescado es como la misión cristiana que llegó a nosotros: un brazo del imperio.

La misión cristiana trajo el Evangelio de Jesucristo, pero a un precio: el de perder la cultura, la lengua, la tierra, la familia y la vida misma. A los conversos se les dijo que ignoraran sus prácticas culturales, sembrando la vergüenza y la desunión. Nuestros antepasados fueron testigos de la creación de fronteras, de la imposición de los valores occidentales, del estudio y la exhibición de sus cuerpos, algunos de los restos de nuestros antepasados aún yacen en museos, y fueron tachados de “salvajés”, “incivilizados” y “sin intelecto”.

Y, sin embargo, muchas comunidades indígenas siguieron aferrándose al Evangelio. Quizás una de las razones fuera la supervivencia, ya que rechazar la misión a menudo significaba la aniquilación. Pero lo más importante es que los pueblos indígenas encontraron en el Evangelio algo vivificante que resonaba con nuestro propio sentido de integridad y conexión. En el pueblo naga, la misión estadounidense plantó la semilla, pero fueron el pueblo quien la hizo crecer. Hoy en día, Nagaland es un estado de mayoría cristiana en la India, no solo por los misioneros, sino porque nuestros antepasados se convirtieron en agentes de la fe.

La misión conlleva tanto heridas como sabiduría. Esta es la paradoja de ser indígena y cristiano a la vez. La mezcla de colonos británicos y misioneros cristianos ayudó a reconciliar a diferentes grupos indígenas y formó una identidad política y social compartida, distinta de la cultura religioso-lingüística dominante del patriarcado brahmánico en la India. Con esta identidad, en el pueblo naga tomamos las armas y resistimos al Estado indio que vino a ocupar nuestras tierras. Esta lucha continúa hoy en día bajo leyes como la Ley de Poderes Especiales de las Fuerzas Armadas, que ha normalizado la presencia militar y ha ignorado innumerables violaciones de los derechos humanos.

Cuando el Estado indio intentó asimilarnos por la fuerza, nuestra resistencia fue tildada de separatista y terrorista. Para nosotros y nosotras, tomar las armas era una cuestión de dignidad y supervivencia. Las personas que no han vivido esto no pueden decirnos lo que debemos o no debemos hacer. Y vemos esta misma lógica del colonialismo hoy en día cuando llaman “terroristas” a los oprimidos y oprimidas en la lucha de nuestros hermanos y hermanas de Palestina.

Esta es nuestra historia. Pero no es solo nuestra. En todo el mundo, los pueblos indígenas se enfrentan a luchas similares, con Estados impulsados por el lucro a expensas de las vidas indígenas. Las iglesias siguen ignorando su papel en el genocidio y silencian las voces y las iniciativas indígenas que buscan una reconciliación real. Las iglesias poseen tierras que fueron arrebatadas a los pueblos indígenas por decretos imperiales. Siguen beneficiándose de esas tierras, de esa historia.

Desafiar al imperio siempre es arriesgado. Pero la misión de Dios nunca fue segura. La encarnación de Jesús nos muestra la solidaridad divina con los vulnerables. Se trata de la plenitud de la vida, de restaurar la creación a la comunión.

Yo, como mujer indígena naga, llevo estas contradicciones en mi cuerpo, bautizada en el Evangelio y marcada por su historia.

Por eso, hago un llamamiento a la CMIR y a sus miembros para que defiendan la justicia restaurativa, el arrepentimiento, las reparaciones y las relaciones justas. Caminen junto a las comunidades indígenas que buscan la autodeterminación, la devolución de sus tierras y la sanación.

### **Descolonizar la teología**

El cristianismo trajo consigo tanto sanación como daño. Dejó tras de sí la supremacía cristiana blanca y los ideales teológicos que aún hoy dan forma a nuestra imaginación. Muchas iglesias indígenas se inclinan por la teología evangélica, moldeada por las formas en que nuestras comunidades aprendieron a sobrevivir al trauma colonial. Pero las mismas teologías que una vez nos ayudaron a resistir ahora pueden herirnos cuando silencian la vida y la diversidad.

Por ejemplo, antes del contacto colonial, las comunidades indígenas aceptaban la diversidad de géneros y sexualidades como parte de la vida. Estas personas tenían roles, importancia y dignidad. Pero los valores cristianos occidentales las reprimieron, al igual que lo hizo la caza de brujas. La idea binaria de que solo «el hombre y la mujer» son imágenes adecuadas de Dios sigue hirviendo a muchas personas. Borra las vastas y generosas formas en que la imagen del Creador se revela en la creación. Las vidas de las personas queer e indígenas recuerdan a la iglesia que la salvación tiene que ver con la plenitud, que la imagen de Dios prospera en la diferencia, no en la uniformidad.

Además, la religiosidad, con su enfoque en la santidad individual y la salvación personal, moldeó gran parte del cristianismo indígena. Pero la salvación que involucra solo al individuo y a Dios es una construcción colonial. Nos aísla de la creación, de la comunidad, de la justicia.

Debemos desaprender esas formas coloniales de fe para recuperar su plenitud. Esto significa honrar las formas indígenas de entendimiento, volver a escuchar la sabiduría de nuestros antepasados, que vivían en profunda comunión con lo divino y con la tierra.

### **La misión desde la perspectiva indígena**

La Missio Dei nunca tuvo que ver con la dominación o la acumulación, sino con la vida que rebosa en toda la creación. La misión es una participación en la vida que Dios sostiene.

Hablar de misión hoy en día es arriesgado, porque significa desafiar la codicia y el poder, las mismas fuerzas que sostienen la desigualdad global. Pero si seguimos a Cristo, que volcó las mesas de quienes explotaban a los pobres, también debemos volcar las teologías que bendicen la explotación en nombre de Dios.

Desde una perspectiva indígena, la misión comienza por escuchar: a la tierra que gime y a quienes se encuentran al margen del poder. Dios ya está presente en todas partes. El papel de la iglesia no es traer a Dios, sino reconocerlo en las historias, los rituales y la vida cotidiana. Cuando la misión aprende de los pueblos indígenas, redescubre que Dios nunca estuvo confinado a las paredes de la iglesia, sino en las fronteras, como vimos en el Seminario

Teológico Kawtholei Hope. En nuestra forma de vida, cada acto de cuidado de la tierra, cada celebración de una fiesta indígena, cada canción que lleva la memoria de nuestros antepasados resiste los sistemas de dominación y nutre la riqueza de la misión vivificante de Dios. La sabiduría indígena devuelve la vida a la misión. Nos recuerda que la misión tiene que ver con la comunión y con estar en una relación correcta con toda la creación.

Las historias indígenas contienen sabiduría y revelan lo que sucede cuando olvidamos nuestro lugar, que somos parte de la creación y no sus dueños. La historia del hombre y el espíritu del agua advierte a la Iglesia: ignorar la sabiduría y tomar más de lo que necesitamos causa daño. La misión no consiste en volver a sumergirse en el río para obtener más. Consiste en honrar al único pez, al único regalo, vivir con gratitud y practicar una relación correcta con la tierra, el agua, el espíritu y los demás. Rompe con la codicia para preservar la vida, fortalecer las relaciones y crear espacio para quienes con demasiada frecuencia son ignorados e ignoradas.

Amigos y amigas, el riesgo es real. Pero si queremos que nuestra teología sea veraz, debemos desafiar la codicia, el imperio y la dominación. Se necesita valor para apoyar las voces indígenas, descolonizar la teología, caminar juntos y juntas en fiel solidaridad, honrando la tierra, la vida y el espíritu.

La reforma no ha terminado. El Espíritu sigue moviéndose, llamando desde los márgenes, desde los bosques, desde los ríos, desde el espíritu de nuestros antepasados, desde los cuerpos queer, desde las tierras que el mundo olvida. Que tengamos la sabiduría para escuchar. Que tengamos el valor de ser reformados y reformadas por aquellas personas a quienes la historia intentó silenciar. Y que nuestra comunión se convierta en un lugar donde los heridos puedan finalmente respirar, donde se honre la justicia y donde toda la creación pueda glorificar a nuestro Creador y disfrutar de la vida en su plenitud.

Gracias.